

Y me parece que tampoco es un discurso histórico ni una aproximación a una historia gráfica, aun cuando muchas de sus efigies hayan tenido más tarde, una vez insertas en relatos o libros diversos, funciones didácticas o conmemorativas importantes, tal como explica la autora en el tercer capítulo del volumen. Lo que éste nos muestra, y tal es su valor, es la manera en que el medio fotográfico se sumó a la necesidad de identificación de los rostros del poder, rostros que gracias a la cámara llegaron por primera vez al público “tal como eran”, es decir, supuestamente no mediadas por la subjetividad de algún artista. En este sentido, es por demás interesante la información sobre quienes posaron realmente en el estudio de Cruces y Campa, quienes lo hicieron de manera específica para el proyecto de formar la Galería..., y quienes llegaron a ésta por mediación de la gran facultad de la fotografía, a saber, poder representar (y reproducir al infinito) una representación previa. Se trata de temas de particular interés, aún para la gestión legal de los derechos de autor, según señala Patricia Massé en una parte de su texto que no tiene desperdicio, y que se complementa en la magnífica sección de anexos.

Al hablar de este libro, *Fotografía e historia nacional...*, al leerlo, hojearlo, revisarlo y pasar la mano sobre su fino papel, no puedo evitar pensar en la larga tradición que nos liga al retrato como objeto entrañable o artefacto sagrado. En esa tradición subyace nada menos que la idea de lo humano alojada en la cabeza y el corazón, órganos que abarcan precisamente los retratos de busto o de ovalito, como éstos de Cruces y Campa.

Este volumen que se suma a la lista de publicaciones de mi amiga y colega Patricia Massé, corroborando una vez más su magnífico oficio de fotohistoriadora, está hermosamente editado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y es un placer recorrer sus páginas. Estoy segura de que será muy leído y citado, y que motivará, como lo ha hecho en mí, muchas inquietudes, reflexiones y hallazgos.

## La miss que no vio el universo

Martha Santillán Esqueda\*

Monroy Nasr, Rebeca, *María Teresa de Landa. Una miss que no vio el universo*, México, INAH (Historia. Serie Logos), 2018, 475 pp.

A partir de la segunda mitad del siglo XX fue cada vez más común la celebración de concursos de belleza femenina. Detrás de este fenómeno mediático que se sostiene —y que busca sostener— en estructuras de género patriarcales, las mujeres son vistas a través de parámetros que, establecidos en Occidente y considerados universales, idealizan desde una mirada autoritaria-viril un cuerpo-objeto femenino para la mirada masculina.

En la historia de este concurso (que tuvo una primera etapa en las décadas de 1920 y 1930, y que se formalizó finalmente como *Miss Universo* en 1952), las mexicanas Lupita Jones, en 1991, y Ximena Navarrete, en 2010, se coronaron cada una como “la mujer más hermosa del universo”. Con ello se demostraba que México podía exportar parámetros de belleza al mundo; sin embargo, lo que se evidenciaba en realidad era que las mujeres en nuestro país también se ajustaban a tales variables de “perfección”.

Muchos años antes de Lupita Jones y de Ximena Navarrete, en 1928, en el país hubo una “señorita México” que causó revuelo: se llenaron planas de periódicos con narraciones e imágenes mostrando su rostro jovial y su cuerpo completo modelando vestidos y trajes de baño. Sus andanzas durante el concurso en México y su participación en *Miss Universe* en Galveston, Texas, circulaban por la radio. De aquella “señorita México” trata el libro *María*

\* Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

*Teresa de Landa. Una miss que no vio el universo.* En su investigación, Rebeca Monroy Nasr se da a la tarea de rastrear los pasos de esta mujer desde 1928 hasta su muerte en 1992 (meses después, cabe decir, de la coronación de Lupita Jones como la primera mexicana ganadora del certamen).

Detrás de estos concursos confluyen una variedad de procesos políticos, económicos, sociales, culturales, que son también personales. En tal sentido, el libro estudia el contexto histórico que vivió María Teresa para comprender la existencia de esta mujer que, tras haber triunfado como “Señorita México” y haber conseguido un honroso noveno lugar en el concurso internacional celebrado en Galveston, contrajo nupcias con un militar de oscuro pasado, a escondidas, 20 años mayor que ella, a quien asesinó tras descubrir que era casado. Finalmente dedicó su vida después del juicio, en cuerpo y alma, a la docencia.

Los certámenes internacionales de belleza femenina habían iniciado en Estados Unidos en 1926. En nuestro país, el diario *Excelsior*, artífice y patrocinador en 1928 del concurso “Señorita México”, se encargó de llevar a María Teresa de Landa al país del norte, ganadora de aquella edición, en medio de una gran cobertura. Tras de su retorno vino la boda y la decisión de apartarse de la vida pública. Sin embargo, a los pocos meses, en 1929, De Landa fue enfocada por las cámaras fotográficas e interpelada por los reporteros; volvió a las páginas de *Excelsior* y de otros diarios, pero en esta ocasión por otra causa menos glamorosa.

En razón de su triunfo y su tragedia, María Teresa de Landa ha llamado la atención de diversos historiadores. Sin embargo, el acierto de Monroy Nasr radica en ocuparse de este personaje más allá de las anécdotas, y dedicar una buena parte del libro a lo acontecido en su vida después del crimen y hasta su fallecimiento.

La investigación se inscribe en el marco de una historia cultural que dialoga con la historia de la imagen fotográfica, de las mujeres y de las transgre-



siones. Uno de los intereses prioritarios gira en torno a las fotografías (tomas impresas en diarios, en el expediente judicial y en los títulos académicos), desde las cuales se recuperan posturas corporales y formas de vestir, incluso las emociones, deseos y sufrimientos de María Teresa de Landa; es decir, Monroy Nasr apuesta por una historia de la imagen femenina.

Para dicho efecto, la autora se sirve de un muy amplio *corpus* visual para utilizar la imagen como fuente de análisis de representaciones, pero también como objeto de estudio. Monroy Nasr las usa exclusivamente, asegura, a manera de “cita, no se describen; se ahonda en lo que visualmente es evidente, pero el trabajo del lector será descifrar dichas imágenes”. Con ello, la autora invita a que la “intertextualidad de las imágenes” se logre con la interpretación que el lector haga de las mismas, y con ello “derrocar el analfabetismo visual que tanto nos rodea” (p. 45).

Pero el libro no es únicamente una historia de la imagen o a través del retrato; es una investigación amplia que se nutre de una variedad de fuentes hemerográficas (en particular del diario *Excelsior*), de entrevistas, del expediente militar de Vidal, de la carpeta académica de María Teresa en su largo tránsito por la universidad como estudiante y como docente.

Monroy Nasr se da a la tarea de reconstruir los factores que confluyeron en lo que ella llama el “*affaire* Teresa de Landa” para entender sus deseos y el riesgo moral y social que implicó posar en traje de baño, los motivos del crimen y el por qué se dedicó al estudio; en otras palabras, entender la forma en que una mujer construía su feminidad en función de lo que su espacio y su tiempo le proveía. Al seguir la pista de “señorita México”, el libro va edificando un eje de análisis para explicarse, no sólo su triunfo y su crimen, sino la construcción, de acuerdo a los imaginarios y las mentalidades de la época, en torno a la victoria, la transgresión y su vida en la docencia.

Así, otro interés del libro se relaciona con la historia de las mujeres y la comprensión de los

esquemas de género existentes en un momento coyuntural de la historia del país, cuando las mexicanas comenzaron a verse favorecidas por las transformaciones resultado de la gesta revolucionaria. Ciertamente, tras la lucha armada se trastocó de manera importante la vida cotidiana, que en el caso particular de las mujeres fue radical gracias al nuevo marco jurídico establecido en la Constitución (1917) y las leyes del Divorcio (1914) y de Relaciones Familiares (1917). Cambios que acontecieron en la década de 1920 en el marco de tensiones importantes.

En dicho contexto, Monroy Nasr muestra cómo *Excélsior* buscaba colaborar en la consolidación de esquemas de género patriarcales decimonónicos. Este diario, férreo defensor de la moral tradicional, promovió a partir de 1922 el “Día de las Madres” y hacia finales de la década de 1930 —y con más fuerza en la de 1940— “los concursos de las madres prolíficas”. En este sentido, el concurso “Señorita México”, señala la autora, es también parte de ese movimiento conservador.

A través del certamen de belleza se promovía la idea de que las mujeres debían servir al hombre y abocarse al matrimonio, con las subsecuentes obligaciones domésticas y maternas. De tal suerte se configuraba un ideal de belleza femenina “modernizado” que se completaba al destinarse para aquellos fines. Por ello, los diferentes gremios de trabajadores (como la sección obrera, la ferrocarrilera o la estudiantil) apoyaban sin reparo a las diversas participantes del concurso “Señorita México”. La belleza femenina, al hacerse pública a través de eventos de este tipo, se exhibía como un objeto preciado y deseado que el varón podía apropiarse para sí.

Aquella vertiente conservadora, a la cual se suscribía *Excélsior*, tenía como finalidad contraponerse a los avances del feminismo de la década de 1920, que buscaba derechos políticos y sexuales para las mexicanas; aunque también se convierte, afirma la autora, en una oportunidad para que el diario vendiese más ejemplares y se colocara como un actor importante en los años de conformación

del Estado posrevolucionario. Emulando, cabe decir, estrategias provenientes de Estados Unidos, tales como la celebración del “Día de las Madres” y los certámenes de belleza.

Otra línea de estudio se articula en torno al homicidio; en particular a la temática de la transgresión en relación con los esquemas de género dominantes. El libro de Monroy Nasr nos permite entender por qué, en el marco de un contexto con esquemas de género en tránsito, con crisis política y vicisitudes jurídicas, María Teresa de Landa optó por matar al “amor de su vida” tras descubrir en las páginas del periódico que su marido estaba previamente casado, que tenía dos hijas y que la esposa legítima lo acusaba de bigamia por no cumplir con sus deberes sociales y económicos como esposo y padre.

Rebeca Monroy propone que esta “autoviuda” disparó —y fue absuelta— justamente en sintonía con la moral imperante. Entender cómo tomó ella esa decisión, implica comprender que ésta, como todas las decisiones humanas, son históricas; esto es, que se supeditan a un tiempo y un espacio específico, donde los sujetos se construyen como tales en función de un contexto y de sus circunstancias. Así se entrecruzan temas como el honor, la honra femenina, el matrimonio y el divorcio, los cambios jurídicos, la familia, el amor...

Por último, es importante destacar que este libro forma parte de un movimiento historiográfico de reciente factura en nuestro país. La historia que se ocupa de los fenómenos sociales y culturales del siglo xx —en los que podemos contar la vida de las mujeres, las relaciones de género, las transgresiones— se elabora desde hace poco y por un grupo pequeño de especialistas. Así, al encuadrarse *María Teresa de Landa. Una miss que no vio el universo* en dichas preocupaciones, se convierte en referencia para los estudios que se ocupan de temas que transitan por las representaciones y las mentalidades, el crimen y la justicia, el género y las mujeres, que pretenden armar un complejo acertijo del pasado de nuestro país, en un periodo todavía escasamente estudiado.